

EN RECUERDO DE DON ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ (1909-2003)

ÁNGEL GARCÍA SANZ

Universidad de Valladolid

El pasado 21 de enero falleció en Granada don Antonio Domínguez Ortiz. Uno de los grandes, uno de los más importantes historiadores españoles del siglo xx. Dedicó su vida a investigar con primor la sociedad y la economía de España durante la Época Moderna.

Había nacido en Sevilla el 18 de octubre de 1909, en el seno de una familia modesta del ramo de la artesanía. Hasta los catorce años no frecuentó la escuela. Se empeñó en matricularse en Filosofía y Letras en la Universidad local, a pesar —declara don Antonio— «de las escasas expectativas económicas» de esa carrera, que realizó entre 1928 y 1932, ganando al final el Premio Extraordinario de Licenciatura (Historia y Geografía).

Hasta 1940 no logró plaza docente por oposición: Catedrático de Instituto en Palma de Mallorca, de donde pasó al Instituto de Cádiz y luego al de Granada, donde residió de 1942 a 1967 dando clases en varios Institutos de la ciudad y formando allí su familia. En 1967 se traslada a Madrid y ejerce la docencia en diversos Institutos, jubilándose en 1979 en el Beatriz Galindo. El año anterior había fallecido su esposa, doña Magdalena Iglesias Ameixeiras, también Profesora de Instituto de la disciplina de Literatura.

Aunque Domínguez Ortiz desempeñó esporádicos encargos docentes en la Universidad desde la época de la República y obtuvo el grado de Doctor en 1947, nunca la Universidad española le admitió como Profesor Numerario, no digo ya como Catedrático. Sin embargo, él se presentó varias veces a oposiciones, pero sin éxito. Hay que decir que hubo algunos de los catedráticos de Universidad de entonces que le tenían simpatía y aprecio profesional —caso de Jaime Vicens Vives—, pero ni aun así logró

don Antonio sus justas aspiraciones universitarias. La independencia personal y científica de Domínguez Ortiz «no gustaba» a los miembros de los tribunales de oposiciones que le juzgaban, guardianes casi todos de la ideología del régimen franquista, aplicada al terreno de la Historia en el ámbito de la Universidad, y cuyos nombres y obra están hoy perfectamente olvidados, afortunadamente. Una clamorosa injusticia cometida por la Universidad española, no reparada por los tardíos Doctorados *Honoris Causa*. Quizás el primer reconocimiento importante le vino a don Antonio de la Real Academia de la Historia al elegirle miembro de número en 1974, siendo Catedrático de Instituto. En los años ochenta, ya jubilado, todo fueron premios y reconocimientos, incluido el «Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales», recibido en 1982.

La trayectoria profesional de don Antonio ilustra preclaramente la injusticia y mezquindad de la Universidad del franquismo que, en ocasiones, elevaba a las alturas a incompetentes manifiestos y a veces dejaba fuera a personas cargadas de méritos. Éste fue el caso de don Antonio, que, fuera de la Universidad, tuvo muy difícil crear una escuela, aunque varias generaciones de historiadores modernistas le hemos tenido como maestro a través de su incansable actividad literaria.

La obra de don Antonio se concreta en alrededor de 360 publicaciones, de las que 30 constituyen libros (sin contar los que son recopilaciones de artículos), 155 artículos científicos extensos y, el resto, escritos de recensiones, prólogos y de circunstancias, siempre con aportación empírica, de síntesis o de interpretación. Una obra colosal, pues, que principia en 1941 y que no concluye hasta su fallecimiento —salvo que haya escritos suyos en prensa aún, claro—: más de sesenta años plasmando en publicaciones los frutos de su actividad investigadora. ¡Y sin tener como aliciente promociones académicas ni sexenios de investigación!

El ámbito cronológico de su obra se centra en la Época Moderna de la Historia de España y, especialmente, en los siglos XVII y XVIII. En cuanto al ámbito temático, el suyo fue la *historia social y económica*, en este preciso orden en cuanto a la adjetivación. Ahí están sus libros más relevantes relacionados con la historia social: *La sociedad española en el siglo XVIII* (1955), *La sociedad española en el siglo XVII* (1963), *La sociedad española en el siglo XVII. II. El estamento eclesiástico* (1970), *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen* (1973), *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español* (1976). Estos libros de historia social, en que don Antonio prestaba atención especial a los dos estamentos privilegiados, estuvieron acompañados por otros dos libros, por no referirme a multitud de artículos, en que trataba

monográficamente la situación de los marginados: *La esclavitud en Castilla durante la Edad Moderna* (1952), *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría* (1978, en colaboración con B. Vincent). Y aunque sea un artículo, no puede dejar de mencionarse aquí «La ruina de la aldea castellana» [*Revista Internacional de Sociología* (1948), pp. 99-124].

Domínguez Ortiz escribió mucho sobre los de arriba y sobre los de abajo —esto es, sobre los estamentos privilegiados y sobre los pobres y marginados sociales—, pero no trató con tal intensidad a los *intermedios*, los grupos que podemos considerar *clases medias*: los artesanos y comerciantes urbanos, y los campesinos. Él fue consciente de esta falta y lo reconoció en su escrito preliminar a la edición facsímil de *La sociedad española en el siglo XVII* (Sevilla, 1992) con estas palabras: «[...] al abordar el Tercer Estado me di cuenta de que presentaba una complejidad muchísimo mayor que el de las clases privilegiadas. Faltaban entonces monografías que allanaran el camino y, aun después del intenso trabajo llevado a cabo en los últimos decenios, no sé si la empresa es factible, al menos para un solo hombre».

Pero don Antonio, aparte de ser maestro de la Historia de la sociedad española en los siglos modernos, fue maestro de la Historia económica española de aquellas centurias. No podía ser menos, ya que lo social es a la vez lo económico —lo político, lo institucional, lo cultural e ideológico, etc.—. Lo social lo es todo, pero por ello mismo no es nada: se diluye en todo lo demás, en mi opinión. Ésta era también, en el fondo, la opinión de Domínguez Ortiz según manifiesta en la «advertencia preliminar» a su libro *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias* (1985), publicación de recopilación de artículos. Afirma textualmente que «hallándome ante un vacío casi total en el conocimiento de la Economía y la Hacienda de la Monarquía española en el siglo XVII, tuve que *improvisarme historiador de la Economía* para poder comprender lo que ocurría *en aquella sociedad y en aquella época*» (la cursiva es mía).

¡Feliz improvisación la de don Antonio! Gracias a su necesidad intelectual de conocer la Historia Económica para construir la Historia Social, realizó varias obras magistrales tocantes al pasado económico de España: *Política y Hacienda de Felipe IV* (1960), «La ruina de la aldea castellana» (1948), artículo al que poco han aportado las investigaciones posteriores sobre la enfáticamente llamada «crisis del XVII», «La crisis de Castilla en 1677-1687» (1962), «Guerra económica y comercio extranjero en el reinado de Felipe IV» (1963), «Los gastos de la Corte en la España del siglo XVII» (1965), «Las remesas de metales preciosos de Indias en 1621-1665» (1969),

«Las rentas de los prelados de Castilla en el siglo XVII» (1970), *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII* (1984). Por nombrar algunas publicaciones que me son más familiares. Domínguez Ortiz, a fuer de ser excelente historiador social, devino por necesidad científica en ser, además, historiador de la Economía. Una parte nuclear de su obra constituye relevante contribución a la Historia Económica de España en los siglos modernos. Su simpatía por los historiadores de la Economía se puso de manifiesto públicamente, y hasta institucionalmente, cuando acudió a Alcalá de Henares para colaborar en el programa del II Congreso de la Asociación de Historia Económica, en diciembre de 1981, donde pronunció una conferencia de honor.

¿Y el método y teoría historiográficos de Domínguez Ortiz? Creo que la respuesta más acertada es: el puro sentido común de una persona inteligente que trabaja de forma incansable en los archivos y bibliotecas temas que, siendo importantes, él echa de menos en la historiografía española. Nada preconcebido. Ni marxismo, ni *Annales*. Las fuentes documentales y bibliográficas, y él. Esta actitud metodológica, tan personal y tan empirista, la describe el mismo historiador hispalense en una entrevista concedida a Peter Bakewell. Afirma allí Domínguez Ortiz que, no bien llegado a Granada en 1942, empezó a recolectar millares de notas-fichas de todo lo que le pareció interesante en la Biblioteca Universitaria y también en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional: «Así empezaron a aparecer temas. En otras palabras, yo no busqué los temas, más bien ellos vinieron a mi encuentro [...]. Y así, de una manera que podría calificarse como bastante espontánea, me fui interesando por toda una serie de temas poco tratados por la escuela histórica española de la época.»

En otra entrevista concedida a José A. González y Antonio Luis Cortés Peña en 1992, reitera lo mismo añadiendo detalles interesantes: «Mi padre no era un historiador profesional, pero le gustaba mucho la Historia; un día me dijo que la Historia no debía ser sólo de los reyes, los generales, debía ser también de los carpinteros, los zapateros [...], etc. [...] él tenía la idea de la Historia global. Pero, aparte de eso, a mí íntimamente me repugnaba la idea de que fueran importantes los detalles en que se metían aquel tipo de historias políticas. Me llamaban la atención ciertas cosas y fenómenos a los que no se les concedía atención y, sobre todo, creo que, al meterme directamente en las fuentes sin condicionamientos previos, me fueron enseñando lo que es la verdadera Historia. De esto que no hablan los libros merece hablarse, ésta fue la principal raíz de mi vocación hacia este tipo de Historia.»

En cuanto al marxismo, el que él conocía, le parecía excesivamente dogmático y se avenía mal con el empirismo que él practicaba, pero reconoce que los historiadores marxistas y él coinciden en los temas de investigación y que con Pierre Vilar está «de acuerdo casi en todo». Por lo que hace a la Escuela de los *Annales*, don Antonio era conocedor de los encantos de la «historia global» ya antes de que tal corriente historiográfica se proyectara sobre nuestro país. A la Historia Económica la consideraba, según he indicado, como un conocimiento instrumental al servicio de la Historia Social. En los años ochenta se quejaba del excesivo cuantitativismo y del poco humanismo de las investigaciones de Historia Económica que se publicaban por entonces: «La nueva historia económica [no se refería a la cliometría americana] debe asumir su parte de culpa en este exceso de cuantificación. Aparecían trabajos de Historia en los que parecía haberse olvidado a los seres humanos, y en los que sólo aparecían productos, precios de esto o de lo otro.»

También pensaba, y trataba de lograrlo, que sus publicaciones fueran de amena lectura, además de bien documentadas o científicas, como hoy se enfatiza. Claras, bien escritas. Tenía la convicción, tan clásica —por antigua y afianzada—, de que la Historia era un género literario. Así, refiriéndose a una de sus primeras obras [*Orto y ocaso de Sevilla* (1946)], afirmaba en 1998 que «lo acompañaba de algún material documental, de impresos de época y, sobre todo, procuré —como ha sido siempre mi interés— que el libro, aparte de bien fundamentado, fuera ameno».

¿Cómo trató don Antonio el complejo tema de *España y las Españas*? Lo que escribió a este respecto es sin duda importante, dada su calidad de maestro de autoridad incuestionable. Como andaluz de pura cepa, dedicó buen número de sus escritos a Andalucía, tercera parte de sus títulos (unos 130) y, entre ellos, nada menos que 55 a su ciudad, Sevilla. Sus paisanos se lo reconocieron otorgándole títulos honoríficos, como son los Doctorados *Honoris Causa* por las Universidades de Sevilla, Granada, Córdoba y Cádiz, aparte del nombramiento de «Hijo Predilecto de Andalucía» (1985).

Pero el maestro hispalense trató específicamente de todas las demás regiones españolas. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que fue el primer historiador de España por regiones. De las peculiaridades poblacionales, sociales y económicas de cada una de ellas en el conjunto de España. Y esto lo llevó a cabo antes de que se sintieran las fiebres autonomistas y nacionalistas de los últimos tiempos. Lo llevó a cabo porque, sencillamente, así se desprendía de la documentación histórica por él mane-

jada. Ahí está su *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español* (1976), donde dedica 155 páginas al que él llama «El mosaico español» (pp. 121-275). El origen de esta novedosa iniciativa científico-metodológica, de la que se sentía orgulloso, nos lo cuenta él mismo: «Para mí, este libro tiene el mérito de haber anticipado la tendencia actual a regionalizar la historia, ya que, hoy en día, en toda España se puede hallar un gran interés en la historia regional [...]. En todo esto hay algunas motivaciones políticas, pero también una verdad obvia: la historia nacional —la historia de España, de Francia, de Alemania—, considerada como tal, simplemente no llega lo bastante lejos. Es una historia que nació y se desarrolló durante el siglo XIX, en el tiempo de auge del romanticismo y de la variedad contemporánea del nacionalismo. Su concepción era política: colocaba el Estado en primer plano. Pero tan pronto como los historiadores rascaron más hondo, y se pasaron a la historia social y económica, se dieron cuenta que el marco que proporcionaba el Estado era inadecuado, al menos para tiempos algo distantes en el pasado [...]. Yo llegué a esta conclusión de una forma inesperada. Estaba escribiendo este tipo de historia nacional y me encontré con que tenía mucha información y muchas fichas que, simplemente, no encajaban en ningún sitio. Muchas de mis fichas se referían exclusivamente a Galicia, otras a Murcia, otras a Canarias; y la información de Canarias no se adecuaba a Cataluña, como la de Andalucía no se adecuaba a Vizcaya. Entonces decidí ordenar mis fichas por regiones y escribir varios capítulos bajo el título de “Mosaico Español”...» ¡Medítese, por favor, este enjundioso texto!

Recientemente Domínguez Ortiz ha publicado una gran obra de alta divulgación dedicada a exponer su visión de conjunto sobre la Historia de España: *España, tres milenios de historia* (Marcial Pons, Madrid, 2000). Considera que la Historia de España se inicia desde la época en que los pueblos hispánicos tuvieron sentido de unidad, hecho que sitúa en la Edad de Hierro, y precisa que fue «la romanización [la que] está en la base de la existencia de España como unidad nacional». Diversidad, pues, dentro de una unidad milenaria.

Como Profesor que era, fue incansable y valiente reivindicador de la presencia de la Historia en los planes de estudio de la Enseñanza Media. Siempre estuvo dispuesto a participar en este tipo de campañas, pensando que la juventud española no podía desconocer su Historia, de la que él estaba muy ufano, con sus glorias y sus mezquindades, cuando la comparaba con la Historia de otros países. Un hombre profundamente bondadoso y cabal (le traté bastante durante un viaje profesional a Viena, Moscú y

Leningrado, en 1981; también en Valladolid, con motivo de ser él el primer titular de la «Cátedra Luis García de Valdeavellano», en el Curso 1993-1994). Los historiadores de la economía española no podemos por menos de aplaudir, agradecidos, su obra, tan próxima a la nuestra, y sus atenciones personales, y lamentar su reciente fallecimiento.